

LA BRIGADA DE LUZ

KAMERON HURLEY

Traducción de Natalia Cervera

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *The Light Brigade*

Revisión de las pruebas a cargo de Antonio Torrubia.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© text Copyright © 2019 by Kameron Hurley
© de la traducción: Natalia Eva Cervera de la Torre, 2019
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9181-640-9
Depósito legal: M. 21.671-2019
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*Para Hannah.
Todo esto es culpa suya...*

No te limites a combatir la oscuridad. Trae la luz.

Sacaron a rastras al insurgente de las ruinas de San Petersburgo. La ceniza bailaba en el cielo. El insurgente tenía los nudillos magullados de un luchador, y le rompió la nariz a un soldado: un crujido y un chorro de sangre y mocos. Cuando al fin lograron reducir al insurgente oyeron un aullido terrible, no de miedo, sino de triunfo.

«Pobres cabrones sin edad —dijo el insurgente enseñando la dentadura: un diente podrido y un colmillo roto—. Os esperaba».

1

Decían que la guerra nos transformaría en luz.

Quería contarme entre los héroes que nos trajeron este mundo mejor. Fue lo que dije al reclutador. Fue lo que le dije al jefe de mi primera escuadra. Fue lo que les dije a todas mis CO, y hubo... un par. Y era lo que me decía cuando me veía a solas en la oscuridad, lejos de mi pelotón, el cielo convertido en un fuego rojo abrasador, demasiado caliente para enviar una unidad de evacuación, con algún novato gimiendo y muriendo en el campo.

Pero no es cierto.

Me alisté por lo que hicieron en São Paulo. Me alisté por el Blink. Todos mis héroes habían seguido el camino de la luz, por mucha oscuridad que hubiera. Hasta los pobres socialistas hipersolidarios que eligen el personaje de paladín en los juegos pueden jurar venganza para justificar la violencia. Eso hice yo.

El enemigo se había comido a mi familia y la vida que había conocido; un pasado que ahora recuerdo a ráfagas, como una vieja imagen de satélite interrumpida por un huracán. Quería ser la luz, estar con los salvadores, con los héroes. Cómo no.

Pero ante todo quería exterminar al enemigo.

¿Cuántos soldados corporativos se alistaron por dinero, o por el derecho a voto, o para saldar una deuda, o para permitirse una buena casa, o para tener acceso a trabajo en una de las torres altas?

Yo creía que mis motivos eran más nobles.

Cuando acudí, después de lo de São Paulo, mis amigos y yo nos sorprendimos de que el centro de reclutamiento no estuviera abarrotado. ¿Dónde se habían metido todos los patriotas? ¿No sabían lo que habían hecho los extraterrestres? Consideraba unos cobardes a todos los que no corrían a alistarse. Mientras estabais actualizando vuestros inmersivos y masturbándoos con un juego nuevo, nosotros estábamos combatiendo a la verdadera amenaza. Éramos los buenos.

Vosotros erais las piltrafas cobardes.

No me paré a pensar qué ocurriría después de que me alistara. Ni en quién tendría que convertirme. Creía que el mundo era sencillo: buenos y malos, ciudadanos y despojos, patriotas corporativos y esclavos socialistas.

Si no estás con nosotros, estás contra nosotros.

Elige bando.

Yo estaba en una fiesta, poco después del Blink, bebiendo un brebaje que sabía a combustible de aviación en una pringosa bolsa compostable, cuando entró un chaval de mi clase de educación básica. Junto con seis amigos, me había alistado en el Ejército Corporativo de Tene-Silvia; a cuatro de ellos los habían enviado al frente de inmediato. Los otros dos, Rubem Mujas y Andria Patel, igual que yo, habían conseguido ir a la fiesta. Rubem había entrado en la casa, probablemente a dormirla, así que en el césped solo quedamos Andria y yo para responder a todas las preguntas. Andria estaba muy animada. Puesto que no bebía alcohol, había que atribuir su buen humor a la emoción por nuestra nueva trayectoria profesional.

—¿Os dieron una bonificación por alistaros? —preguntó un chico de dentadura dispareja—. ¿Os concedieron la ciudadanía en el acto?

—No —respondí.

Andria estalló en carcajadas y se echó hacia atrás la melena de rizados negros. Tenía las mejillas tachonadas de pecas. Recuerdo haber pensado entonces que era delgada, de piernas largas y atlética,

pero aún tardaría en ver lo que el hambre verdadera puede hacer a una persona.

—¿Tenéis familia a la que no blitzearan? —preguntó otra chica. La conocía de la clase de Física Básica, patrocinada por Teslova Energy.

—No —respondí bruscamente.

—Sé más amable —dijo Andria—. La guerra nos ha quitado mucho a todos. Estoy deseando masacrar alienígenas.

—Al parecer os enseñarán ochenta formas de matar a un hombre —dijo el de los piños—. Cuando lleguéis a Mendoza.

—No quiero matar hombres —dije—. Quiero matar extraterrestres.

—Dicen que antes eran humanos —dijo mi excompañera de clase.

—Y una mierda —dijo el otro—. Ningún humano haría lo que hicieron en São Paulo.

—Supongo que ya lo averiguaremos —dije.

—Te quitarán el nombre —dijo un tipo alto que salía de la cúpula de la carpa principal—. Seguro que esa es la ventaja principal para un despojo como tú.

Apreté la vista. Franklin Kowalski me sacaba veinticinco kilos y medía dos metros por lo menos; no podía mirarlo a los ojos sin echar la cabeza hacia atrás. Hacía dos años me había arrebatado el puesto de *quarterback* titular. Todos los medios preferían caras como la suya, dijo el entrenador, y la corporación solo podía justificar un equipo de fútbol americano si le subía la audiencia. Podía ser suplente. Mandé al entrenador a mamarla y me pasé dos años jugando al rugby, hasta el Blink. No me gustaba que me dijeran qué podía hacer.

Visto así, es irónico que me alistara.

—Tengo entendido que en los ejércitos corporativos se comen a los ricos con patatas, Frankie —dije—. Seguro que estás delicioso. ¿A qué esperas para apuntarte?

—Ya me he apuntado. —Se introdujo los enormes pulgares en los bolsillos y me dedicó una sonrisa sibilina; supe que era el anuncio de una andanada de pullas que se le acababa de ocurrir.

Andria puso los ojos en blanco y dijo:

—Voy a ver cómo anda Rube. Seguro que está potando en una cartera de mensajero. —Me cogió de la manga, pero me aparté.

Así era Andria, siempre velando por mí. ¿Y yo? Siempre auto-destruyéndome.

—Sabes que tendrás que combatir a los extraterrestres —dije antes de que Frankie pudiera soltar una palabra—. No basta con que te los folles.

El chico de los dientes disparejos soltó una risita. Andria puso cara de exasperación y se quedó muy quieta. La chica de mi clase de física abrió mucho los ojos, giró en redondo y se dirigió a la carpa. Probablemente era la más lista de todos.

—¿No llamaban a tu padre Dietz el Loco? —dijo Frankie—. Ese al que Teni tuvo que reeducar cuatro veces. Se lo vendieron a Evecom a cambio de opciones sobre acciones, ¿no?

—Que te den, Frankie —dije.

Se inclinó sobre mí, más deprisa de lo que esperaba, probablemente porque yo llevaba unas copas encima, y me plantó la lengua en la mejilla. Dejó un rastro de saliva mezclada con ginebra. Me eché hacia atrás; la sorpresa me había paralizado. Más adelante pensaría un montón en ese momento, preguntándome qué debería haber hecho de inmediato en vez de quedarme como un botarate. Las cosas habrían sido distintas en alguna otra línea temporal. Le habría roto la nariz y le habría arrancado la rótula de una pata, todo en un instante. Es lo que habría hecho un soldado; lo que habría hecho yo, más adelante. Pero toda mi experiencia en peleas se reducía a las melés del terreno de juego. No me habían condicionado para la violencia; necesitaba mucha provocación. Si hubiera actuado de otro modo, no habría sido yo. No estaríamos aquí.

Frankie se apartó riendo.

—Ya te gustaría que te diera por culo.

—Eh, dejad... —empezó Andria.

Salté hacia Frankie y le hice un placaje. Desapareció la sonrisa. Cayó al suelo.

Gritos de la multitud. Unos cuantos vítores. Olor a hierba y tierra, con el toque químico del abono. Frankie babeando, escupiéndome. Lo sujeté clavándole el codo en la garganta.

—¡Ríndete! —le dije.

—Vete a la mierda. —Me soltó un puñetazo en la sien.

Un relámpago de luz intensa. Oscuridad que se apoderaba de mi visión. Lancé un golpe, pero él ya estaba a cuatro patas. Volví a derribarlo y le clavé los dientes en la oreja izquierda.

Gritó y se puso a darme zarpazos en la cara. Se desprendió un trozo de oreja. Noté un sabor salado y metálico. Escupí la carne gomosa.

Alguien me sujetó; después, un montón de manos me apartaban y ayudaban a Frankie a levantarse. El chundachunda de la música de dentro marcaba el ritmo del martilleo que sentía en la cabeza. Tenía la cara mojada. Me había roto la nariz, y la humedad era sangre. La escupí, junto con la de Frankie. Levanté un puño hacia el cielo, hacia el espectro distorsionado de la luna. Faltaba un buen trozo, desde hacía casi un año. Seguía costando acostumbrarse a aquella silueta y al cinturón de residuos que giraba en torno a su ecuador. Después de aquello había estado lloviendo fuego durante semanas; cada fragmento que se precipitaba hacia la Tierra era como un misil nuclear.

—No pierdas eso de vista —le grité—. De ahí vendré a partirte la cara.

—Si te han aceptado es porque eres un despojo —dijo Frankie—. Te aniquilarán a la primera.

Apareció la patrulla de GPE, Gestión de Pérdidas Empresariales, hombres y mujeres bien entrenados, con kevlar y gafas de antiodisturbios, táser en mano. Nos rodearon desde la entrada de la carpa. Andria echó a correr, probablemente en busca de Rubem. Era una buena ciudadana y no quería meterse en follones. No le reproché que pusiera pies en polvorosa.

—Qué lástima —dijo la mujer que me esposó. Apagó la grabadora de las gafas, y yo me estremecí. Si las llevaban era para que tuviéramos la seguridad de que los agentes no nos grababan con lentillas de cámara retinal, imposibles de detectar a no ser que proyectaran datos frente al ojo. Había sido un despojo el tiempo suficiente para saber que, por lo general, que un agente de GPE desconectara la grabación era el presagio de una buena paliza o, directamente, de la muerte.

—Qué lástima que te trinquen cuando tienes todo el futuro planeado, ¿eh? —me susurró al oído—. ¿Quieres ir a la guerra? —Todos los agentes de GPE tienen funciones de reconocimiento facial integradas en las gafas antidisturbios, y enlace directo a nuestros expedientes. Sin duda ya conocía los detalles más íntimos de mi última relación y sabía dónde había cagado por la mañana.

Guardé silencio. No hay que hablar con los agentes de GPE a no ser que apelen a la cláusula de Revelación Corporativa del contrato de residencia. Mi madre se encargó de metérmelo en la cabeza cuando nos hicimos residentes de Tene-Silvia. Mi padre y ella se habían desvivido por conseguirmos sitio en una corporación, pero llegó acompañado de un código nuevo. Probablemente ese código era el responsable de que no me dieran una paliza o me mataran, como habrían hecho si toda esta mierda hubiera pasado antes.

—Necesitamos buenos chicos ahí arriba —dijo la agente—. Tienes que saber de qué lado estás. No desperdicies aquí tu vida; la batalla está en Marte. —Volvió a conectar la grabadora.

Quería ser alguien heroico, alguien que hubiera sabido qué hacer exactamente cuando Frankie se puso gallito. Alguien que tuviera una familia a la que volver después de la fiesta, en vez de un albergue para menores sin tutela. Alguien a quien impulsara algo más que un estúpido y sanguinario voto de venganza. Me daba igual que alistarme significara la muerte, porque por aquel entonces no entendía en qué consistía morir.

«Haz cosas heroicas —pensaba—. Végate». Fin de la historia.

Pero eso, en realidad, no es vivir.

No tenía ni idea de qué importancia podía tener la vida después del Blink.

No la tuve hasta el final.

2

En cuanto a la guerra...

En esta guerra hay muchos frentes. Los humanos estamos desplegados hasta el cinturón de asteroides. También estábamos en la Luna, hasta que el enemigo la dejó tan destrozada que tuvimos que abandonarla.

Tene-Silvia, nuestra corporación, tenía un montón de intereses en la Luna: extracciones mineras, laboratorios de investigación y ciudadanos que desempeñan trabajos ultraconfidenciales. Hay corporaciones mayores, como Masukisan, ShinHana o Evecom, que también tenían intereses ahí, pero las Seis Grandes, en su mayoría, habían trasladado a Marte sus competencias centrales antes de que volaran un buen pedazo de la Luna. Para las corporaciones, Marte era la frontera actual. No les importaba que ahí arriba ya hubiera separatistas que construían ciudades al margen de la Tierra y se hacían llamar marcianos. Todas las empresas plantaron sus estandartes e intentaron imponerse con palabras amistosas como «ciencia», «investigación» y «establecimiento de relaciones comunitarias».

Así pues, ¿cómo nos las apañamos en tantos frentes?

Ahí está el truco, ¿no?

¿Cómo se llega más allá de Marte? Los humanos no estamos hechos para abandonar la Tierra. Tenemos la sangre, las vísceras y los huesos configurados para ella.

Las distancias constituyen el mayor problema del viaje interplanetario. Todo está lejísimos. Todavía miro a veces el cielo, por la noche, y pienso en el universo, en su inconcebible inmensidad. Me da dolor de cabeza. Las Seis Grandes partieron de conceptos como el entrelazamiento cuántico y la física de partículas para dar con una tecnología de comunicación instantánea que salvara esas distancias, pero ¿trasladar a personas?

Con la masa es bastante más difícil.

Supongo que para quien sepa algo sobre los límites de la velocidad de la luz resultará razonable lo que se les ocurrió para resolver el problema de la masa.

La forma más rápida de transportarnos de un frente a otro consiste en convertirnos en luz.

Pensadlo. ¿Cuánto tarda la luz en llegar a Marte? Unos doce minutos y medio. ¿Al cinturón de asteroides? Entre veinte y cuarenta minutos, según a qué parte de su órbita vaya.

Al igual que casi todos los inventos y descubrimientos que han cambiado el mundo, como la penicilina o la cura del cáncer, la forma de convertirnos en luz llegó por accidente. Habían terminado las guerras de las Semillas, y las Siete Grandes habían pasado a ser las Seis Grandes tras la Gran Guerra Corporativa. En la posguerra, la gente intentó desvincularse de las Seis Grandes y montar sus propias comunas y repúblicas radicales. Fue una época temible y peligrosa. Es lo que dicen todos los inmersivos. Los tiempos desesperados exigen planes de acción desesperados. ¿Cómo se conserva una forma de vida que se deshilacha por todos lados, que se precipita hacia la anarquía? A todos les gusta presumir de que lo tendrían controlado, pero ¿cómo se gobierna a cinco mil millones de personas?

Nos convirtieron en luz.

Mi madre decía que recordaba la primera vez que vio a alguien materializarse frente a ella. Oyó voces y se acercó a la cocina compartida de su planta. Había dos mujeres con el uniforme gris de la policía militar frente a la impresora de comida, echando con gestos a una trabajadora que había ido a por café. Un aroma de cítricos quemados llenaba el aire. Del centro de la impresora salía el torso de un joven.

«Tenía una expresión tan pacífica... —me relataba mi madre años después—. Eso fue lo que más me impresionó. —Volvió a la consola de inmediato—. Sabía lo que le pasaba a la gente que veía cosas que los militares no querían que viera. Aquel día desapareció la compañera de trabajo a la que habían echado de la cocina. No volví a verla. La explicación oficial fue que había ocurrido un accidente durante la instrucción».

Transcurrió un decenio antes de que anunciaran formalmente la nueva tecnología. Hasta entonces, el pilotaje era siempre manual. Mi padre se pasó la guerra siguiente de transportista, en lanzaderas que trasladaban a los muertos de Marte a la Luna. Ahí aprendió a pilotar. Mi madre y él estuvieron al servicio de Teni durante los primeros conflictos entre Marte y la Luna, y gracias a eso conseguimos la residencia.

Hubo muchos asuntos turbios en el mundo anterior al Blink. Lo que para mí estaba claro era que algo había ocurrido en Marte desde que los marcianos abandonaron la Tierra, decenios atrás, hasta que los intereses corporativos se abrieron paso a codazos en el planeta.

Fuera lo que fuera, se cortó la comunicación con Marte.

Casi todas las corporaciones sacaron de Marte a sus investigadores y científicos, pero dejaron a los civiles. Qué fue de ellos, no lo dijeron.

Tene-Silvia nos facilitó la explicación corporativa según la cual los marcianos eran socialistas locos que bombardeaban sus instalaciones de investigación, pero Evecom tenía una versión distinta, en la que los marcianos atraían a los civiles corporativos hacia sus sectas, y las otras cuatro corporaciones narraban historias igualmente descabelladas. Ocurre a veces: no se ponen de acuerdo sobre una realidad. Escuchar a las Seis Grandes, cuando se tiene permiso para acceder a medios de comunicación ajenos a la corporación propia, es como escuchar a un hatajo de viejos que intentan recordar en una cena algún suceso esotérico de su niñez. Cada cual rememora algo distinto. Cuando se sienten frustrados se ponen a hablar a gritos, como si eso fuera a hacer su recuerdo más real.

Lo que sabía, sin lugar a dudas, era que nadie había hablado con nadie de Marte en casi diez años. Y Marte tampoco nos había hablado. No sabía con qué tecnología contaban, ni con qué ven-

taja, para mantener alejadas a las corporaciones terrestres cuando cortaron la comunicación. Era como si Marte hubiera dejado de existir. Todos los que habían quedado en Marte se convirtieron en algo ignoto, algo distinto. Extraterrestres.

Un decenio después de que se hiciera el silencio, un grupo de marcianos disidentes abrieron la comunicación con nosotros. Decían que querían ayudar a la Tierra, que se sentían oprimidos bajo su Gobierno socialista. Decían que podían reparar nuestros territorios más contaminados con nuevas tecnologías si les permitíamos bajar y colonizar esos paisajes infernales de las guerras de las Semillas.

Unas cuantas corporaciones lo permitieron. Y los colonos marcianos consiguieron que en el norte se volviera a producir comida, mejor y más abundante que nunca.

Y entonces...

Una cosa en la que coincidieron las Seis Grandes fue que no hubo provocación para el Blink.

Un día había dos millones de personas en São Paulo.

Al día siguiente...

Blink.

¿El Gobierno marciano se había enfadado porque aceptamos a los colonos? ¿O solo había estado esperando a que nos relajásemos para destruirnos de una vez por todas? Puede que no hubieran perdonado a las corporaciones que intentaran apoderarse de Marte. Puede que tuvieran intención de vengarse de nosotros desde el principio.

Marte siempre había estado por delante en tecnología. Las corporaciones no lo confirmaban, pero era un rumor a voces. Si no, ¿cómo podían haberse independizado? ¿Cómo podían haber borrado de la faz de la Tierra a dos millones de personas con el Blink?

Se reunió e interrogó a los marcianos que se habían asentado aquí, pero nadie parecía saber nada. Algunos se rebelaron. Todavía se los toleraba cuando me alisté. ¿Durante cuánto tiempo? Esa era la incógnita.

Esa era la guerra que conocía, los sucesos según los entendía. Así fue como decidí de qué lado estaba. Y lo estaba. En el lado correcto, quiero decir.

Nadie piensa nunca que ha elegido el bando incorrecto.

Todos creemos que somos de luz.

Es difícil entender algo con solo oír hablar de ello u observarlo. Es como echar un polvo o meterse en una pelea; no se asimila hasta que se hace.

Pasa lo mismo con el Ejército Corporativo.

Durante la primera semana de instrucción obligatoria nos meten un montón de mierda en la cabeza. Ni siquiera esperan a ver si nos ha entrado, porque aunque no nos entre siguen necesitando nuestros servicios, trabajos peligrosos o tediosos que no quieren asignar a los civiles. Yo tenía la residencia. Podría haber trabajado en una planta química o haberme dedicado a soldar equipo militar hasta que se me cayeran los dientes y la corporación aprobase que se me administrara un humanitario cóctel de bromuro de pancuronio con cloruro de potasio.

Pero renuncié.

Ya no era posible no participar en esa guerra, como en los viejos tiempos. Si no estuviera en el Ejército, estaría apoyando el esfuerzo bélico de alguna otra forma. Había pasado hambre y no me había gustado mucho. Tener residencia en una corporación no es lo mismo que la ciudadanía, pero es preferible a ser contratista o, peor aún, un fantasma sin trabajo, un despojo. Ser un despojo es pasar hambre. Vivir de los desperdicios ajenos. Rezar para que un catarro no se convierta en neumonía. Ser un despojo es saber cómo huele la gangrena. Es morir de un arañazo en la

rodilla que se infecta. Es cagar en una zanja. Es comer bichos atropellados.

Prefiero estar con los héroes.

Cuando terminan de procesar los datos de un recluta, lo primero que hacen es desnudarlo e instalarle el RCV (rastreador de constantes vitales). Se lo inyectan entre los omóplatos para tenerlo controlado en todo momento. Además, en ese sitio es difícil quitárselo sin ayuda.

—¿Tenéis miedo de que me escape? —pregunté a la técnica, pensando que tenía gracia.

—Es para garantizar una evacuación médica rápida —respondió—. En caso necesario. Y para asegurarnos de estar al tanto de vuestro estado físico y emocional.

—¿Emocional?

—No podemos extirparos las emociones —respondió—. Por ahora.

—Lo pillo —dije. Había algo en su cara que sigo sin saber si comprendí— ¿Qué es lo demás?

—No te preocupes por eso —dijo, y me clavó otra jeringuilla precargada de alguna guarrería lechosa.

No paraba de coger jeringas, una tras otra, de una bandeja. Creía que ya me habían vacunado contra todo, porque las corporaciones saben que la gente enferma no es gente productiva. Sin embargo, me pusieron por lo menos una docena más de inyecciones después de que me atendiera esa técnica. Me trasladaban de sala en sala: caras nuevas, guantes nuevos, hipodérmicas nuevas. Nadie decía qué contenían y no volví a preguntar. Me parecía... grosero. Les había entregado mi cuerpo y había firmado todos los formularios sin leer, así que supuse que yo tenía la culpa de no entender qué hacían.

A continuación nos equiparon con la pantalla interna. Suena a artefacto tecnológico aparatoso, pero consiste en poner unas lenti-llas como las lentes de contacto retinales de los civiles. Esas lenti-llas dan acceso al sistema de comunicaciones, a esquemas y a cualquier cosa que quiera transmitir el comandante. Hasta es posible examinar las constantes vitales propias con un parpadeo. Toda la información se muestra en la parte inferior del ojo izquierdo.

Hay que mirar hacia abajo para activarla y hacia arriba para despejar la visión.

No me impresionó al principio. Ya había llevado lentes de contacto retinales para ejecutar inmersivos y para tomar lecciones. Me calificaron de torpe cuando ingresé en el colegio, a los siete años de edad, después de que nos dieran la residencia. Era la primera vez que iba al colegio, y pasé un montón de tiempo poniéndome al día a base de inmersivos.

Tampoco había accedido nunca al knu antes de ser residente. El knu era un sistema complejo de nodos de datos entrelazados cuánticamente que almacenaban y transmitían información para todas las corporaciones. Contaba con niveles de acceso a la información, y no todos los nodos de knu de las diversas corporaciones podían comunicarse entre sí. Como residente, mi nivel de acceso al knu era bastante bajo. Como recluta me lo limitaron más aún. Durante la instrucción obligatoria estábamos completamente aislados del mundo exterior. Cada vez que intentaba acceder al icono del knu me salía un «Restringido» y me echaban.

Aquellos primeros días, las comunicaciones de las corporaciones eran bastante suaves. Los mensajes que discurrían por la parte inferior de nuestro campo visual, parpadeando hasta que bajábamos la vista para leerlos, eran recordatorios sobre el horario de EF (educación física), cuándo teníamos que levantarnos, cuándo se apagaban las luces y cosas así. Casi podíamos olvidarnos de que las lentillas también servían para grabar todo lo que veíamos y hacíamos.

Corrían rumores de que estaban vacunándonos contra enfermedades que propagaba el enemigo. Eran enfermedades lo que había usado Marte para tener una baza contra las Seis Grandes. ¿Qué mejor manera de declarar un bloqueo prolongado que una epidemia creada para ello? Otros decían que nos atiborraban de fármacos que supuestamente nos hacían más rápidos, más listos, más duros. Todo el mundo quiere ser más duro, ¿no?

Eso pensaba Muñoz.

Conocí a Muñoz después de la inscripción y la orientación. En el Ejército Corporativo todos llevábamos el peinado reglamentario, y el poco pelo que le habían dejado a ella era negro como boca